

Revista de la CEPAL

Director

RAUL PREBISCH

Secretario Técnico

ADOLFO GURRIERI

Editor

GREGORIO WEINBERG



NACIONES UNIDAS
COMISION ECONOMICA PARA AMERICA LATINA
SANTIAGO DE CHILE / DICIEMBRE DE 1980

SUMARIO

Nota de la Dirección	7
Los actuales estilos de desarrollo y los problemas del medio ambiente. <i>Mostafá K. Tolba</i>	9
La interacción entre los estilos de desarrollo y el medio ambiente en América Latina <i>Oswaldo Sunkel</i>	17
Comentarios sobre el artículo "La interacción entre los estilos de desarrollo y medio ambiente en América Latina" Comentario de Aníbal Pinto Comentario de Jorge Sábato Comentario de Gabriel Valdés Comentario de Jorge Wilhelm	55
Biosfera y desarrollo <i>Raúl Prebisch</i>	73
El ambiente en la palestra política <i>Marshall Wolfe</i>	89
Estrategias de desarrollo con requerimientos energéticos moderados Problemas y enfoques <i>Ignacy Sachs</i>	107
Perspectivas de desarrollo y medio ambiente: el caso de Brasil <i>Fernando Henrique Cardoso</i>	115
La dimensión ambiental en el desarrollo agrícola de América Latina <i>Nicolo Gligo</i>	133
Factores ambientales, crisis de los centros y cambio en las relaciones internacionales de los países periféricos <i>Luciano Tomassini</i>	149
Comentarios sobre el capitalismo periférico y su transformación Comentario de Lucio Geller Comentario de José Ibarra Comentario de Pedro Vusković	179

Comentarios sobre el artículo “La interacción entre los estilos de desarrollo y medio ambiente en América Latina”

*Comentario de Aníbal Pinto**

Al iniciar este comentario deseo afirmar, sin alarde de falsa modestia, que soy uno de los menos calificados para hacerlo porque participo de un tipo de ceguera generacional con respecto a los problemas del medio ambiente, que si bien se ha ido despejando poco a poco, ello de ninguna manera me califica para abordarlos. De todas maneras, plantearé algunos puntos de vista y llamados a la cautela con respecto a conceptos y líneas que se presentan en documentos y exposiciones sobre estos asuntos. De partida, quisiera aludir y repetir la toma de posición de Osvaldo Sunkel y Enrique Iglesias diciendo que para un economista de mi generación, como para muchos que están en los escalones siguientes, resulta casi inverosímil que durante tanto tiempo haya pasado desapercibida, sin introducirse ni siquiera tangencialmente en nuestras discusiones, esa relación vital hombre-medio o sociedad-entorno físico. Habría que confesar y reiterar con modestia, e incluso arrepentimiento, que quienes venían haciendo repicar las campanas de advertencia y alarma sobre el tema, no sólo fueron escuchados con indiferencia sino que a menudo se les consideraba como una variedad de excéntricos bien intencionados, que se preocupaban por cuestiones más o menos irrelevantes frente a las para nosotros realmente importantes. Creo que en todas las reuniones que actualmente se realizan sobre este tema, debería comenzarse por un homenaje a quienes abrieron el camino y la inquietud sobre estos asuntos, y fueron tan poco escuchados en los años pasados. Absorbidos algunos economistas por las relaciones entre clases e individuos, y otros por el fetichismo mercantil, habían dejado de lado el ‘pequeño detalle’, como habría dicho un famoso cómico mexicano, de que esos procesos tenían lugar en

un contexto finito y en persistente agotamiento o deterioro. Todo esto sin mencionar los aspectos más nobles relativos a la calidad de la vida. Como infortunadamente ocurre a menudo, y a despecho de la imagen optimista del *homo sapiens*, la reconsideración sustancial de los enfoques tradicionales sólo apareció después que el impacto y el testimonio de crisis flagrantes y amenazadoras pusieron al desnudo su miopía y su insuficiencia. Pero creo que no vale la pena ahondar sobre este asunto; lo importante es que la reconsideración crítica ha avanzado con rapidez y que está madurando y proyectándose sobre la acción una nueva e integradora perspectiva de desarrollo.

Respecto a esta integración temática quisiera hacer mis primeras reflexiones, aplicando criterios cepalinos, aunque lógicamente ellas no sean en su totalidad reflejo exacto del pensamiento de la institución. Conuerdo con Osvaldo Sunkel en que lo más importante ha sido precisamente el intento de estructurar sistemáticamente este nuevo tema dentro de algunos enfoques o contextos que son fundamentales para entenderlo y extraer de él todas las derivaciones necesarias. Y estos dos enfoques son el de la transnacionalización y el de los estilos de desarrollo. Creo oportuno señalar, porque es algo que nos ha preocupado a todos durante mucho tiempo, que en la búsqueda de un enfoque integrado ha habido un perpetuo agregar capítulos que nunca llegan a formar o a integrarse en una verdadera novela, en una obra completa. Así, hemos incorporado al medio ambiente, al empleo, a la pobreza crítica, al hábitat, a los asentamientos humanos, etc.; agregando a veces poca sustancia porque todos ellos a menudo transitan por los mismos caminos y es difícil distinguir cuál es la personalidad propia de cada uno. Estimo que ésta es la primera oportunidad en que se advierte un propósito sistemático, de articulación dentro de un conjunto, y evidentemente sería muy útil realizar

*Ex Director de la División de Desarrollo Económico de la CEPAL. Consultor Principal de la Secretaría Ejecutiva de la CEPAL.

lo mismo con los otros temas, a fin de identificarlos mejor y establecer líneas de acción más fructíferas que las que se desprenden de una visión parcial, sobre cuyas limitaciones no voy a insistir.

Respecto a aquellos dos contextos generales quisiera hacer algunas observaciones, comenzando por el de los estilos, que está más cercano a las reflexiones de la CEPAL. En este sentido, como lo afirma Sunkel, no es posible olvidar algunas contribuciones fundamentales que pertenecen a algunas personas muy ligadas a la CEPAL; desde luego, quiero mencionar a Jorge Ahumada y Oscar Varsavsky, quienes desgraciadamente ya no están con nosotros. Ellos fueron pioneros en la discusión y análisis sobre el tema de los estilos. Como todos saben, el CENDES de Venezuela —y Venezuela en este sentido merece un crédito que no puede desconocer ningún latinoamericano— por iniciativa de ambos, inició estos estudios que nosotros continuamos en la CEPAL, contando con la colaboración directa de Oscar Varsavsky.

Sin embargo, respecto a esta preocupación sobre los estilos, también me embarga el temor de que, a la postre, se convierta en otro concepto que penetra como un ventarrón y después, por uso y abuso, llega necesariamente al desuso, y resulta ser otra de aquellas categorías que se guardan piadosamente en un cajón, para ser sustituidas por otras relativamente semejantes y que parecen nuevas, pero que en el fondo poco agregan. Con el enfoque de los estilos puede suceder eso y habría que tener mucha cautela y precisión en el uso del término, junto a una gran preocupación por decantar su significado real y específico. En este aspecto, los trabajos ya realizados en la CEPAL han ido esclareciendo varios aspectos como, por ejemplo, las varias acepciones del concepto, y han abordado la categoría de sistema, y la antinomia o conflicto entre los dos sistemas competitivos y coexistentes en el mundo —capitalismo y socialismo— aunque por cierto, dentro de ellos y entre ellos, haya una serie de particularidades y de relaciones muy complejas. Asimismo, se ha aclarado el concepto de estructura, que es sumamente amplio ya que abarca desde el entorno físico hasta aspectos como las instituciones, la estructura social y la demográfica, la población activa, y otras; y, por último, el de

estilos, que vendrían a ser en cierto modo, la resultante de esos dos otros contextos, en su fusión y en su desarrollo real, los que también admiten toda clase de variedades aun dentro de los mismos sistemas y con parecidas estructuras. En este marco teórico, que no olvida la interrelación dinámica entre esas categorías, no tengo bien claro dónde se inserta el medio ambiente. Aún más, nuestros primeros trabajos han estado considerando el problema del medio ambiente, del entorno físico, como un elemento de la estructura. De hecho, en ciertas clasificaciones de los rasgos estructurales figuran aspectos sobresalientes del medio ambiente. Pero, a medida que uno se va familiarizando con los aportes de los expertos en estos temas, y que nos han abierto tantos horizontes, va quedando la impresión que probablemente el medio ambiente es una categoría de tanta importancia y significación que quizá resulte forzado ubicarla entre los llamados factores estructurales. Por ello, dilucidar cómo se incluye, jerarquiza e integra el medio ambiente en la discusión de los estilos es algo que requiere mucho trabajo y reflexión.

El segundo contexto o enfoque, la transnacionalización, también debe ser analizado con cautela y desconfianza, porque se presta a ciertas ambigüedades. Podría, como sucede a veces, identificarse con el discutido problema de las transnacionales. Evidentemente el fenómeno de las transnacionales constituye parte esencial de la cuestión, pero creo que es un problema muchísimo más amplio que el de esas empresas. En realidad, quizá sea más apropiado emplear el término de internacionalización, dentro del cual ellas constituirían un mecanismo clave. El fenómeno de la internacionalización es mucho más amplio y complejo, y por cierto contradictorio. A mi juicio, las tendencias a la internacionalización son inevitables y contradictorias, pues encierran elementos positivos y negativos. Se trata de un proceso, y perdónese la pedantería, de carácter dialéctico, que no puede ignorarse en el análisis cabal del tema. Para mostrar su complejidad sólo señalaría que la transnacionalización e internacionalización van más allá del mundo capitalista pues envuelven también a los países socialistas 'centrales', en el sentido de motores de cambio, que también van encontrando muchos proble-

mas para ensamblar sus visiones y prácticas con las situaciones reales de los países de la periferia. Bastaría recordar algunos episodios en Asia, en Africa, los conflictos chino-soviéticos, etc., que tienen mucho que ver con este proceso complejo y contradictorio de la internacionalización.

Otra preocupación que desearía plantear deriva de los antecedentes sobre el deterioro del medio ambiente. Sería fácil que un observador o lector desaprensivo se formase una visión de tipo catastrofista al observar los inconvenientes y daños que parecen invitar al rechazo o a la crítica totales. Indudablemente, el asunto es bastante más complejo pues entre la apología y el catastrofismo es de suponer que debe haber, no algunos 'términos medios', porque no se trata de colocarse en una posición ecléctica, sino una visión que integre y equilibre esos elementos disímiles. Para esclarecer el punto podría recordarse que el análisis latinoamericano de la CEPAL ha sido en lo principal crítico, constituyéndose en una especie de tábano socrático sobre el lomo latinoamericano, llamando la atención sobre las deficiencias del desarrollo, los conflictos que produce, las limitaciones que lo afectan, el desperdicio social que implica, y la desigualdad que le es inherente. Pero también es cierto que esa visión crítica no ha descuidado la apreciación de los cambios profundos y en gran medida progresivos que han ocurrido en la realidad latinoamericana. Yo diría que la visión de la CEPAL se ha regido por un cierto *optimismo crítico*. En algunas oportunidades, en ciertas coyunturas, más crítica que optimista; otras veces, un poco más optimista que crítica. Difiere así tanto de la visión apologética que solamente ve los aspectos favorables de lo que está pasando, por ejemplo; los relumbrones o excentricidades consumistas, como de aquella que, en el opuesto lado, sólo registra los aspectos negativos, que existen, por cierto, y que dan origen a la visión catastrofista. Es necesario, pues, no perder la perspectiva de aquella realidad contradictoria. Y a este respecto, nada más que a título de ilustración, querría señalar que en un sumario análisis que hemos estado haciendo sobre la situación y evolución de unos 25 indicadores vitales o básicos del desarrollo social de América Latina —nutrición, mortalidad infantil, edu-

cación, etc., relativos a todos los países de América Latina, hasta donde permiten los datos, desde mediados de los años 50 hasta mediados de los 70— no hay prácticamente un solo país donde haya habido retroceso. Esto tiene obvia importancia, tanto más cuanto que partimos del supuesto que los grupos altos y medios ya estaban en niveles más satisfactorios con relación a esos estándares sociales, y en consecuencia, los cambios tienen que haberse producido en la base y particularmente en el medio de la pirámide social. Esta realidad, que no valorizamos lo suficiente tal vez por temor a caer en lo apolo-gético, tampoco podemos ignorarla en el análisis latinoamericano. Y esto tiene gran importancia porque, paradójicamente, encontramos que gran parte del pensamiento crítico sobre el desarrollo latinoamericano ha sido realizado por quienes, en el fondo, desconocen aquellos avances y son hostiles a las modalidades que se adoptaron por imposición de los hechos y no por designio doctrinario, aunque haya sido importante la influencia de ideas y políticas derivadas de ese trasfondo. De este modo, aquel 'optimismo crítico' de la CEPAL ha dado armas tanto a uno como al otro extremo, derivando cada uno conclusiones antagónicas sobre la situación y perspectivas de América Latina. Tiene, pues, importancia fundamental el no perder el sentido de equilibrio respecto a los testimonios contradictorios y a los claroscuros del panorama regional.

La última observación se refiere a lo que señala Osvaldo Sunkel sobre la necesidad de orientar este debate hacia la formulación de políticas. Es evidente que han ido surgiendo proposiciones bastante claras que deben ser sistematizadas y definidas. Pero, el comentario que deseo agregar sobre este tema se basa en el hecho de que la discusión convencional sobre mercado y planificación se ha tornado obsoleta con la entrada en escena de los asuntos del medio ambiente; es de meridiana claridad que ellos no pueden ser entregados a las manos del mercado. Ninguna persona sensata, es decir, que no tenga anteojeras ideológicas demasiado negras, puede rechazar este aserto. Se trata de cuestiones complejas que requieren políticas a largo plazo que mal pueden ser resueltas por el mecanismo de mercado. Esto no significa, por cierto, descartarlo ni ignorarlo. Quienes lo ha-

cen, tienen que pagar las consecuencias, como se ha demostrado en tantas experiencias mundiales y latinoamericanas. El mercado ha jugado —y seguirá haciéndolo— un papel fundamental en cualquier economía; por cierto que en algunas más que en otras. Pero es igualmente claro que su estrabismo social y su miopía histórica hacen indispensable, ya no como una cuestión académica ni una exigencia de los tecnócratas sino que como un imperativo social, el papel de la planificación como un instrumento básico de la política económica. Ello significa también que la necesitamos para abordar todas aquellas influencias que están detrás del deterioro del medio ambiente, que deben ser reguladas para establecer mejores relaciones con el medio físico y lograr así una situación más favorable que la actual. Esta es una conclusión irre-

batible, de gran significación institucional, particularmente para los organismos ligados a las Naciones Unidas.

Finalmente, quisiera volver a mi reflexión sobre el uso, desuso y abuso de los conceptos. Si bien la emergencia de los problemas del medio ambiente significa un paso fundamental, de gran trascendencia, no es posible ocultar el temor que después de algún tiempo se diluya o desvanezca en las rutinas burocráticas. El problema es igual aquí que en el deporte: cómo mantener la intensidad del esfuerzo o del impulso. Se ha acumulado un material precioso, amplio y puesto en categorías de análisis muy fértiles, pero el problema es cómo sostener el movimiento. Cada uno de los documentos es un escalón hacia el futuro que debe ser transitado.

*Comentario de Jorge Sábato**

Después del exhaustivo análisis que E. Iglesias¹ y O. Sunkel han realizado sobre el problema global de la energía desearía ocuparme del problema parcial de la energía nuclear aunque sin entrar en detalles técnicos sobre un tema tan específico. Existe, sin embargo, un aspecto que vale la pena profundizar, porque va más allá de la energía nuclear misma, y del que pueden obtenerse enseñanzas valiosas para el tema central del medio ambiente. Debo confesar que el problema que más me preocupa con relación a la crisis energética no es tanto la crisis misma, sobre cuya gravedad no cabe discusión alguna, sino la posibilidad de que podamos confundirnos acerca de sus causas y sus consecuencias y, en particular, su 'impacto' sobre la realidad de los países del Tercer Mundo. Es tan fuerte el ruido producido a su alrededor que a veces temo que entremos en una suerte de histeria intelectual que nos impida distinguir la realidad de la ficción, y terminemos por confundirnos respecto a quienes ganan y quienes pierden en este juego geopolítico. Creo que la herramienta más importante para afron-

tar esta crisis es nuestra propia capacidad intelectual, porque se trata de una suerte de campo minado, sembrado de mentiras y verdades a medias, generadas por intereses muy poderosos; muchos estudios que se presentan como objetivos y científicos en rigor no son otra cosa que velos ideológicos y semánticos destinados a engañarnos o, por lo menos, a confundirnos.

En tal sentido, el caso de la energía nuclear es un modelo de lo que ocurre cuando, sin ninguna capacidad crítica, se admiten verdades que no son tales y simplemente se sigue la moda del momento. Es un tema donde los velos semánticos han cumplido a la maravilla su función de ocultar la realidad o presentarla con aquellas deformaciones más convenientes para quienes han buscado obtener ventajas de toda índole. Trataré de presentar algunos de esos velos y mostrar sus efectos más perniciosos, con el objeto de contribuir a develar ciertos aspectos centrales del problema energético global.

El primer ejemplo es el de los beneficios y perjuicios de la energía nuclear utilizada en la generación de energía eléctrica. Como es sabido, hemos pasado de la creencia de que la energía nuclear era la última maravilla, la respuesta final a todos los problemas energéticos, a la de que es una trampa llena de peligros mortíferos, tanto para nosotros como para nues-

*Fellow del Woodrow Wilson Center (Estados Unidos). Miembro de la Fundación Bariloche (Argentina).

¹E. Iglesias, "El desafío energético", en *Revista de la CEPAL* N.º 10, abril de 1980.

tros descendientes. Desde el fin de la Segunda Guerra Mundial hasta hace pocos años se tenía la convicción de que la energía nuclear era *cheaper, better and brighter* y que su futuro era casi mágico, ya que a los reactores actuales les seguirían los reactores regeneradores (*breeders*), que generarían más combustibles que el que quemaban, que darían lugar a los reactores a fusión que utilizarían para funcionar el hidrógeno del agua de mar, un combustible prácticamente inagotable. Y, por supuesto, todos nos deslumbramos con este espectacular Eldorado; sobre sus peligros poco o nada se decía porque, aunque existieran, los avances científico-técnicos muy pronto los superarían.

Pero esa idea se ha derrumbado y ahora se afirma que los peligros de la energía nuclear son tan tremendos que exceden largamente a sus dudosos beneficios, por lo que resultaría una disparatada insensatez continuar instalando reactores nucleares. Se sugiere que debiera declararse una moratoria mundial, abandonar todos los programas en marcha y aplicar esos mismos recursos a las que serían energías más 'sanas', como la solar, la eólica, la biomasa, la geotérmica, la de las mareas, etc.

¿Qué debemos hacer en el Tercer Mundo ante este dilema? En primer lugar, aprender la lección de lo que nos ocurrió con la primera idea, para no repetirla; en aquella oportunidad la mayoría de nuestros países simplemente la aceptó sin análisis crítico y sin reflexión propia. Creímos casi ciegamente —no en todos los casos, es cierto, pero sí en la gran mayoría— en lo que afirmaban los países desarrollados. Ahora estamos ante un peligro similar: que nos contagie la nueva 'moda' y dejemos de lado todo lo que se refiere a la energía nuclear ... hasta que ella recobre el primer plano, y así sucesivamente.

Ese no es el camino a seguir, ni en éste ni en otros problemas. Es el ejercicio de nuestra propia capacidad intelectual, el análisis realizado desde nuestra propia perspectiva y atendiendo a nuestros propios intereses, el que puede guiarnos en este complejo laberinto. Es evidente que podríamos equivocarnos, pero es tiempo ya que seamos por lo menos dueños de nuestros propios errores y no eternas víctimas de los errores inducidos o impuestos por otros.

Por ello deseo comentar las ideas actuales sobre energía nuclear.

Comencemos por reconocer que la energía nuclear es ciertamente peligrosa; posiblemente la más peligrosa entre todas las conocidas, y que quedan aún sin resolver problemas tan serios como el de los desechos radiactivos provenientes de la explotación de las centrales nucleares, el del efecto genético de bajas dosis de radiación, etc. Pero, ¿es que esos peligros serán suficientes para que la Humanidad descarte para siempre la energía nuclear? o en términos más perentorios: ¿es que los países centrales están dispuestos a abandonar la vía nuclear?

Observemos en primer lugar que hace ya 35 años que el mundo entero vive sumergido en energía nuclear, y en su forma más peligrosa: el armamento nuclear. En todo el mundo existen bombas y proyectiles nucleares, sea directamente en bases e instalaciones fijas, sea transportados por aviones (que vuelan literalmente sobre todos los países del planeta), por submarinos (que navegan por todos los mares sin pedir permiso a nadie), por satélites artificiales, y también por camiones, vagones ferroviarios y barcos cuando se los transporta de las fábricas a los cuarteles y bases, y de éstos a los depósitos. Por ejemplo, basta pensar que en Europa hay algunos miles de cabezas nucleares instaladas por doquier; esas cabezas deben ser transportadas permanentemente de un lugar a otro, no sólo por razones tácticas o estratégicas, sino por la simple razón de que anualmente deben ser reemplazadas por nuevos modelos, lo que significa transportar éstos donde están los viejos y a su vez éstos a los depósitos de armamentos obsoletos. Esto significa que a diario, por autopistas, carreteras, caminos vecinales y ramales ferroviarios una buena cantidad de armas nucleares recorre Europa, tanto la occidental como la socialista. Suele ocurrir que en el mismo momento en que una enérgica manifestación popular protesta en algún lugar de Europa por la próxima instalación de una usina nuclear para producir energía eléctrica, algún camión o tren está pasando por ese mismo lugar transportando algunas bombas con mucho mayor poder destructivo actual que el peligro potencial de la proyectada usina.

Un ejemplo igualmente paradójico es el que ocurre actualmente en Estados Unidos con

la moratoria en materia de plutonio. Como es sabido, ese país ha suspendido su programa de reactores 'breeders' y, en consecuencia, la separación de plutonio destinado a esos reactores. Pero, en modo alguno, ha suspendido la separación de plutonio destinado a la fabricación de bombas, hecho que se ignora cuando se habla del tema; mucha gente en Estados Unidos está satisfecha con la moratoria de plutonio, ¡pero se olvida por completo que la producción militar continúa realizándose durante las 24 horas, todos los días de la semana y en muchas fábricas!

La conclusión es evidente: mientras ahora se describen con mucho realismo los peligros que pueden resultar del funcionamiento de usinas nucleares, se calla todo lo que se refiere a los peligros derivados no ya del uso, sino aun de la fabricación y despliegue de armas nucleares. Los países poseedores de armas nucleares han logrado un formidable éxito propagandístico al acostumbrar a toda la humanidad a 'vivir con la bomba' como si se tratase simplemente de un explosivo más, sólo un poquito más fuerte. Si hacemos bien en preocuparnos por las usinas nucleares, no olvidemos jamás los armamentos, porque en caso contrario estaremos ayudando a silenciar un peligro mucho más grave y defendiendo implícitamente a quienes poseen las bombas. Por eso mismo si denunciáramos el primer peligro, no sólo no olvidemos el otro, sino denunciémoslo con mucho mayor energía, con una voz más angustiada. ¡Que la amenaza de las usinas no sea usada como velo para ocultar una mucho mayor!

Y en relación con armas nucleares deseo hacer alguna referencia a los acuerdos SALT, que también contribuyen a enmascarar la realidad. Como es sabido, estos acuerdos son presentados al mundo como esfuerzos serios de *desarme* nuclear por parte de los Estados Unidos y la URSS. Así, el SALT I —firmado hace algunos años— *limitó* el tipo y número de armas estratégicas por parte de ambas potencias. El SALT II —aún no ratificado por el Congreso de los Estados Unidos— fija nuevas *limitaciones* respecto a las armas que podrían ser desarrolladas y desplegadas (*deployed*) por ellas. Presentadas así las cosas, parece cierto que se trata de un esfuerzo en favor del desarme. Sin embargo, no es así, pues ambos tratados SALT

dejan a las dos potencias en condiciones de destruir el planeta entero. Cuando se firmó el SALT I, el potencial nuclear de Estados Unidos le permitía destruir unas 20 veces todas las ciudades grandes de la URSS; el potencial de la URSS permitía hacer lo mismo sobre las grandes ciudades del bloque occidental, pero *apenas* unas 5 veces. Entonces, y en medio de discursos retóricos, se firmó el SALT I. Después de varios años de vigencia, la situación actual es la siguiente: el potencial nuclear de Estados Unidos le permite destruir no ya 20 veces cada una de las ciudades, sino 145 veces, mientras que la URSS ha pasado de poder destruir 5 veces cada ciudad de occidente a poder destruirlas unas 120 veces. O sea que el SALT I no sólo nada hizo por el desarme nuclear, sino que aumentó el potencial mortífero de cada una de las superpotencias. Y, créase o no, el argumento de los defensores del SALT I es que si no hubiese sido por él, el potencial bélico hubiese sido aún mucho mayor que el que ha llegado a ser; ¡como si no fuese suficiente matar 145 veces a alguien para que éste esté muerto! Y desafortunadamente el nuevo SALT tendrá un efecto semejante al anterior, pues aumentará el potencial nuclear, haciéndolo aún más formidable. Pero entonces, algún ingenio podrá preguntarse ¿para qué sirven estos tratados? Por un lado, para optimizar la inversión en armamentos, impidiendo que una carrera desenfrenada provoque la ruina económica de ambas potencias. Por otro, para hacer creer a la opinión pública —en primer lugar a la de sus propios países— que están haciendo *algo* en favor del desarme que todos, angustiosamente, anhelamos.

Otro velo que debe descorrerse es el de la gran campaña contra la proliferación nuclear. Por supuesto que nadie en su sano juicio puede desear que la proliferación nuclear continúe, pero debe entenderse bien cuál es el objetivo de esa campaña. En primer lugar, conviene aclarar que hay dos clases de proliferación: la horizontal, que se refiere a que *nuevos* países *puedan llegar* a tener armamento nuclear —por ejemplo, la India en 1974— y la vertical, relativa al *aumento* de dicho armamento en los países que ya lo poseen, como en el caso de la incorporación de la bomba neutrónica al arsenal nuclear de los Estados Unidos. No cabe

duda que sería prioritario detener con mayor urgencia la proliferación vertical, pero la que recibe una atención casi exclusiva es la horizontal, que ocupa el lugar central en toda reunión sobre el problema de la proliferación. La propaganda ha sido tan hábil que ha logrado concentrar todas las preocupaciones sobre la horizontal, que es potencial, y relegado a segundo plano a la que realmente existe. Por cierto, la proliferación horizontal encierra grandes peligros potenciales, pero los de la vertical son actuales y concretos. Cada vez que asisto a una reunión internacional cuyo tema es la proliferación horizontal —cubriendo con un piadoso silencio la proliferación vertical— y escucho a los representantes de los países que poseen armamentos nucleares discutir con todo detalle qué hacer para que algún nuevo país no llegue a tener la bomba atómica (como ocurre actualmente con Pakistán, por ejemplo), me da la impresión de que estuviese asistiendo a un congreso de todas las cortesanas convocado para discutir *'ways and means'* que eviten que una monjita en Zaragoza pierda su virginidad...

Creo que el verdadero objetivo de la campaña contra la proliferación horizontal consiste en asegurar que las dos superpotencias continúen conservando el control de la tecnología nuclear, no sólo la que sirve a propósitos militares, sino, y sobre todo, la que sirve para producir energía. Conviene recordar que la pieza vital para asegurar el control autónomo de la energía nuclear utilizada en la producción de energía eléctrica es el manejo del ciclo del combustible, desde el uranio que está en las minas hasta los desechos radiactivos. Todo país mediano que procure utilizar energía nuclear —sea Brasil, Argentina, Chile, México, España, Checoslovaquia, Polonia, etc.— tratará por todos los medios de asegurarse el control del ciclo del combustible; de lo contrario, su producción de energía eléctrica a partir de reactores nucleares dependería de quien le suministrase el combustible y la tecnología para su correcta utilización. No debe extrañar, entonces, que la política nuclear de esos países se articule alrededor de esa pieza vital, el manejo autónomo del ciclo del combustible. Y la política de no proliferación de las superpotencias consiste, por el contrario, en evitar que otros países alcancen esa autonomía, para mantener-

los dependientes en el campo nuclear. En el caso de la Unión Soviética, esta política se ejerce de manera estricta: si un país adquiere un reactor de potencia en la URSS, deberá aceptar que el combustible sea manufacturado en la URSS, instalado como unidad sellada —que no podrá ser manipulado por el país receptor— y devuelto a la URSS una vez utilizado, para que allá sea reprocesado. En suma, la URSS mantiene el control completo del combustible, condición *sine qua non* para que ella venda la instalación nuclear.

En el caso de los Estados Unidos, la situación es diferente, aunque el objetivo final sea el mismo. Hasta hace muy poco, un país que compraba un reactor en Estados Unidos podía alcanzar un grado aceptable de autonomía en el manejo del combustible, pero esa situación cambió radicalmente como consecuencia de una ley, que justamente se llama *'Non Proliferation Nuclear Policy Act'*, aprobada en 1978. Según esa ley, y con el pretexto de evitar la proliferación nuclear, Estados Unidos no venderá instalaciones ni tecnología que posibiliten que el comprador logre obtener el manejo autónomo del ciclo de combustible.

En síntesis, hasta ahora la política de no proliferación de las grandes potencias no ha impedido la proliferación horizontal ni mucho menos la proliferación vertical, que continúan tan rozagantes como siempre, pero en cambio ha puesto toda clase de trabas al desarrollo autónomo de la tecnología nuclear y se ha opuesto tenazmente a los programas nucleares de países del Tercer Mundo destinados a la producción de energía, como la decisión del Brasil de establecer instalaciones para enriquecer uranio y procesar combustibles, la instalación en Tarapur, India, y la decisión argentina de instalar una planta de agua pesada. En este sentido, debe recordarse que Estados Unidos y la URSS han organizado un verdadero *'cartel'* para controlar la exportación de tecnología e instalaciones nucleares —denominado elegantemente Club de Londres—, al que pertenecen unos 15 países industrializados tanto de Occidente como del bloque socialista.

Ahora bien, ¿qué está pasando en los países industrializados en estos momentos de vigencia plena de la moda contra la energía nuclear? La respuesta es sorprendente: con la ex-

cepción de los Estados Unidos, y en mucho menor medida Alemania Occidental, los demás países industrializados, tanto occidentales como socialistas, siguen embarcados en formidables programas de instalación de centrales nucleares. Se destacan en particular los agresivos programas de Francia y de la URSS; esta última no sólo está instalando centrales en todo su territorio y en el de sus aliados directos—incluyendo Cuba—, sino que se ha lanzado a exportar a países como Finlandia, Filipinas, Turquía, Libia, etc. Según el gobierno soviético, la energía nuclear no ofrece ningún peligro que no pueda ser controlado, y por el contrario es la mejor solución a la provisión de energía eléctrica. Además, han construido una ciudad—Atommach— dedicada exclusivamente a la construcción en serie de componentes para centrales nucleares, que se constituirá en la instalación nuclear industrial más grande del mundo. Alemania Occidental, que ha encontrado dificultades en su opinión pública para continuar su programa nuclear con la misma intensidad anterior, se ha convertido en uno de los principales exportadores, como lo atestiguan sus grandes contratos con Brasil y Argentina. Canadá continúa instalando centrales en su territorio y también exportando, mientras que Inglaterra ha vuelto a intensificar su programa interno, España está instalando una veintena de centrales, etc.

El caso de Estados Unidos es peculiar, pues su programa interno de instalación de nuevas centrales nucleares está prácticamente paralizado, así también como la exportación; pese a ello, continúa instalando centrales, de acuerdo con un programa anterior que le permitirá continuar a la cabeza—por algunos años, al menos— de los países generadores de energía eléctrica de fuente nuclear. Su programa bélico, claro está, no sólo no ha disminuido, sino que se ha intensificado y sus programas de investigación en generadores 'breeders' y a fusión continúan teniendo los mayores presupuestos en el mundo entero. Mi opinión personal es que la política actual de los Estados Uni-

dos cambiará en poco tiempo y volverá a impulsar un programa nuclear de producción de energía eléctrica de gran envergadura.

En todo caso, la evidencia muestra que pese a todos sus peligros actuales y potenciales, la energía nuclear seguirá con nosotros por muchos años, a menos que se produzca una gran catástrofe. Los países industrializados no pueden renunciar a ella, porque no tienen ninguna otra fuente alternativa a corto plazo, y de manera alguna aceptarán reducir su actual nivel de vida para acomodarse a una situación de energía escasa y cara. Pero si la energía nuclear no será abandonada por ellos, tarde o temprano llegará a nuestros países, como ya lo ha hecho y lo está haciendo en unos cuantos.

Por todo ello, es importante que los países del Tercer Mundo no se dejen seducir por la nueva 'moda' y crean que deba dejarse de lado la energía nuclear; de lo contrario, cuando ella reaparezca, no estarán en condiciones de aprovecharla de manera autónoma y deberán entregarse atados de pies y manos a los países centrales, como lo hicieron en el pasado con otras fuentes de energía y capacidades tecnológicas. Por ello, si no descorremos los velos que ocultan buena parte de la realidad, podemos caer en una trampa de la que nos será muy difícil salir; la sugerencia obvia consiste en mantener los ojos bien abiertos y utilizar nuestra propia capacidad de análisis para entender claramente qué está ocurriendo en la compleja esfera de la energía nuclear.

Las recomendaciones de los centros, en éste como en otros campos, ya no tienen la coherencia ni la fuerza ideológica que tuvieron en el pasado. Muchos sucesos de los años recientes han puesto de manifiesto que verdades sacralizadas en economía, política, cultura, etc., demostraron ser pseudoverdades que nos habían sido impuestas, a veces por la fuerza, pero mucho más a través de un continuo y concienzudo 'lavado de cerebro'. En estas circunstancias lo que tenemos que encarar, sin miedos ni complejos, es la tarea más ardua: mirar la realidad con nuestros propios ojos.

*Comentario de Gabriel Valdés S.**

Quienes por función debemos asistir a reuniones, congresos y seminarios, sabemos cuánto desgaste ha padecido el lenguaje, cuán romos se han tornado los conceptos, cuán peligrosas se consideran las aristas del pensamiento creador, cuán sectorializados se han vuelto la reflexión y el análisis, qué poca preocupación hay por los seres humanos y cuánta desesperación por tener cosas.

Uno de los grandes problemas en las últimas décadas ha sido la especialización en materia de ciencia y de tecnología. El mal contagió también a las Naciones Unidas, donde una conspiración tácita de burócratas y gobiernos persiguió la pretensión de coger cada ciencia y cada actividad, meterla dentro de una nueva institución, inventar una sigla, poner a su cargo un director general, nombrar una serie de funcionarios, convencidos de que agregar esa misión parcial a las numerosas instituciones existentes puede conducir a una solución general del problema del hombre y la sociedad. En cambio, y como con razón sostuvo Aníbal Pinto, aquí se hizo un intento muy original al no añadir un elemento más al ya complejo, y por momentos confuso concepto del desarrollo. Del crecimiento económico, tan fácilmente medible, se pasó a la concepción del desarrollo; después se trató de darle más profundidad cuando al desarrollo se le agregó una clara dimensión social en todas las direcciones. En este proceso de comprensión conceptual telescópica, que es un mérito indudable de CEPAL, se trata ahora de considerar el desarrollo desde el punto de vista del medio ambiente. Estimo que es una manera inteligente, noble, humana, y diría además muy latinoamericana, de buscar soluciones más integrales a los problemas de las sociedades contemporáneas. No es éste un procedimiento sajón y tiene sus peligros. Aquí se está buscando algo que Kalman Silvert habría dicho que constituye una forma católica de pensar; vale decir, de buscar cómo aproximarse primero a ciertos principios para intentar abarcar todos los hechos. Si éstos se escapan, peor para ellos; el dogma se sostiene. Peligroso es caer en

esta tentación, pero la CEPAL esta vez pudo resistirla. De los documentos que ha elaborado sobre el tema, pocos hechos escaparon y creo que en esto consiste la originalidad del planteamiento. Además, es original, porque el tema del medio ambiente para el común de los mortales tiene siempre el acento puesto en el entorno físico que fue la idea-fuerza de la Conferencia de Estocolmo. Esta línea, que algunos divulgadores llevaron a su paroxismo con la concepción de los límites del crecimiento, generó una visión catastrofista relacionada con el agotamiento físico final, con el aumento de la aridez de la tierra frente a la demanda avasalladora de las multitudes agobiadas por el hambre y la pobreza y que quieren vivir como los demás y gozar de los bienes de esta civilización transnacionalizada.

El problema que tenía que recogerse era sobre todo el de los pobres, ya que se trataba de demostrar que si los habitantes de la India alcanzaran a consumir un 30% de lo consumido en los Estados Unidos o en Europa, realmente no habría materias primas, tierra o energía que alcanzase para los indios, ni para los americanos ni para los europeos. De este modo, si no se hacía una crítica a fondo de la civilización, parecería que fuese mejor que los americanos y europeos conservaran lo que tenían, ya que si los indios aguardaron tanto tiempo sin rebelarse, deberían contentarse con "otro desarrollo" y tecnologías intermedias. Como reacción se propuso el crecimiento "0", una actitud evasiva frente al problema. Es entonces cuando el desarrollo comienza a verse desde el punto de vista del ser humano como tal.

¿Cuál es la vinculación existente entre el medio ambiente y el ser humano, entre la sociedad y su entorno? Si se llegan a entender los conceptos de medio ambiente y de desarrollo como un proceso dialéctico entre el hombre y la sociedad, entre la sociedad y la naturaleza, y viceversa, realmente se estará entrando a fondo en el análisis de la civilización. A menudo, más que analizar ese medio ambiente, se realiza una descripción de la crisis de la civilización que estamos viviendo. Sin ser catastrofista, nos parece evidente que una cierta civilización empieza a dar muestras de fatiga; y ésta se advierte

*Director Regional del PNUD.

más claramente cuando se vive en los centros que en la periferia, porque en ésta aún se goza de cierta abundancia humana; aunque no haya riqueza material, se disfruta más del aire, del espacio, se gusta incluso, diría, más de la amistad y de las cosas naturales de la vida que en el centro, donde esos valores supremos de la vida parece que se marchitaran, ya que permanentemente deben hacerse muchas cosas muy importantes que tienen cada vez menos importancia. Hay un cansancio, un cierto agotamiento en la velocidad y en el rumbo de esta civilización, que además recibe en este momento un golpe en la cerviz: la crisis del petróleo sobre el cual se galopaba confiadamente.

Es indudable que hay una cierta pérdida de velocidad y de rumbo. Estos hechos también se perciben claramente en América Latina, porque hay aquí una más intensa sustracción de recursos, una mayor deformación de las sociedades y una mayor dicotomía social derivada de ese choque entre lo moderno, que llega de afuera y adquiere la velocidad y el ritmo de la máquina, y la sociedad tradicional que sigue sujetándose a sus valores y a sus estructuras; esta dicotomía, que fractura la vida social, rompe el necesario consenso político, y reemplaza todo por el llamado orden, de tan efímera e impuesta vigencia como de discutida eficacia.

Tal vez estamos presenciando el proceso de una ruptura de la civilización. Algún historiador quizás podrá decirnos en el futuro si el consumismo es no solamente una manifestación de una crisis del capitalismo en su expresión más alta, sino también de una crisis de todo el sistema de relaciones internacionales. Personalmente no creo que el socialismo haya resuelto ese problema ni en los países del centro ni en los países periféricos. El consumismo se da allí en otras dimensiones, tal vez, con otras características, pero no han encontrado otros objetivos; aunque la velocidad sea distinta, la dirección es la misma, porque no se han concebido otras soluciones más allá de las materiales.

La gravedad del fenómeno es tan evidente, que hay una denuncia al consumismo y un llamado a reformar las estructuras y no sólo el estilo, sino el sentido y la dirección del desarrollo; hay un llamado en términos relativamente parecidos expresado por muchos pensadores y desde diferentes posiciones. En un mismo mes

tres personalidades distintas han planteado el mismo tema. En Naciones Unidas, tanto el Papa Juan Pablo II como el Presidente Fidel Castro, han revelado una sorprendente actitud crítica ante la situación. Reflexionando sobre sus intervenciones puede advertirse que ambos coinciden en la denuncia de lo existente y en las razones que tienen para hacerlo; y esto habría sido increíble 5 ó 10 años atrás. Leyendo el discurso pronunciado recientemente por R. McNamara, Presidente del Banco Mundial, en Belgrado, advertimos que tanto su contexto como sus palabras finales también son una denuncia de estos fenómenos. McNamara llega a decir que si no hay cambios estructurales de magnitudes inmensas —son palabras textuales—, no habrá ningún cambio significativo en lo que describe como hechos sombríos y negativos en todos los aspectos.

Ninguna duda cabe acerca del gran significado que tiene la vinculación entre el medio ambiente y el ser humano, entre la sociedad y su entorno. Hay factores de concentración en el interior de las sociedades y de dependencia de las sociedades hacia fuerzas externas, hay pérdida de la vida misma en la tierra, pero también hay pérdida del aprovechamiento de la vida del ser humano tal como éste debería vivirla. Estamos todos en favor de la autonomía; propiciamos el mayor grado de autonomía de nuestras sociedades, pero, al mismo tiempo, se acrecienta la participación de nuestras economías y de nuestras sociedades en el mundo, pero rechazamos la imposición externa por dignidad, como también por razones prácticas, culturales y ecológicas.

El fenómeno de la transnacionalización se ha sobreimpuesto al de la internacionalización; y no es éste sólo un asunto semántico. Lo transnacional se ha considerado sólo como una expresión de la actividad de las empresas, mientras que lo internacional se asocia a la interacción entre los Estados. Lo que sucede es que los Estados concebidos como entes absolutos se están disolviendo. Creo que dentro de 20 ó 30 años en el mundo transnacional de la tecnología, la ciencia, la cultura, las finanzas, las ideologías, la información y la preocupación por los derechos humanos, el concepto de Estado soberano va a perder entidad y poder desde el punto de vista internacional y sucumbirá an-

te el hecho transnacional. Lo transnacional va ganando terreno rápidamente; en la prensa se leen declaraciones de personajes que manifiestan no interesarles los embajadores si se tienen buenas relaciones con los banqueros internacionales. Esta es una realidad. Los ministerios de Relaciones Exteriores, que representan la tradición del Estado soberano, pasan a ser instrumentos del siglo XIX, con solemnidad decorativa y necesaria, pero menos esenciales, porque hay otros instrumentos reales, más eficaces y silenciosos, como son los manejados por los entes financieros y de información. Así como se ha hablado de la democracia formal y de la democracia real, debe admitirse que hay un mundo formal y un mundo real. Ese mundo real existe no por maldad de algunos ejecutivos ni de los flujos financieros, sino que deriva del propio dinamismo de la transnacionalización que está comenzando a actuar con mucha fuerza. Lo curioso es que se acepta la transnacionalización de las empresas, de las finanzas y de la información, pero se rechaza la referente a los derechos básicos. En esta transnacionalización, que se debe considerar con mucha tranquilidad, con frialdad, debe saberse distinguir qué vale la pena conservar como propio y qué debe incorporarse como parte de un acervo de avance real, que corresponde al progreso que el hombre va acumulando como parte de su creación.

Existe un sentimiento inicial de rechazo por aquellos bienes que parecen atentar contra las costumbres o la cultura. Se les rechaza inicialmente, pero al final se imponen, porque es mejor utilizar los instrumentos que las manos, como es mejor que el mundo tenga radios a transistores y televisión. Lo que importa es la idea o la imagen, y no el instrumento. ¿Cómo distinguir aquello que destruye lo que es original y propio de la cultura, aquello que es la marca característica de un ser humano, de aquello otro que es externo, instrumental y no afecta la sustancia, sino que la realza y distribuye? Las sociedades se parecen a las personas; saben qué es lo que destruye al hombre o qué es lo que hace que el hombre se libere, cuáles son los avances de la humanidad, la creatividad científica y tecnológica que impulsa hacia más altos niveles de libertad y qué es lo que destruye.

Esta problemática de contenido cultural y ético está directamente vinculada con el medio ambiente; si no se aclarase esta cuestión, estaríamos en una duda mortal. No podemos aislarnos para construir nuestra América o nuestros países como quisiéramos, según nuestras propias fuerzas y nuestra propia utopía. No podemos aislarnos, porque quienes trataron de aislarse —y hemos visto casos muy dramáticos— tuvieron que hacer sacrificios heroicos para terminar cediendo lenta y costosamente. En última instancia se llama al Fondo Monetario. ¿Qué es lo esencial para ser persona en una sociedad civilizada? ¿Qué es lo esencial para ser nación? ¿Qué es lo esencial para ser sociedad nacional o local? ¿Qué es lo que se puede recibir y se puede asimilar sin dejar de ser lo que se es? Formulo estas preguntas, cuya respuesta no aparece clara todavía, porque hay que establecer una relación equilibrada entre dependencia y problemas ecológicos.

Sobre esta materia me referiré a dos elementos: uno es el de la planificación y el otro el de las políticas económicas. Desde mi punto de vista, la planificación, o sea, la imagen de la organización de los elementos que conducirán a un futuro deseado, desgraciadamente ha perdido su significado; hoy tiene menos vigencia, obliga menos en el mundo y en América. En esta disciplina se ha retrocedido, se está trabajando más al día, los problemas son todos urgentes: la presión social, las tensiones políticas, los cambios en los precios de las materias primas, la inflación, la crisis energética, el endeudamiento externo, son todos fenómenos que inducen a nuestras sociedades a trabajar con menos confianza, sin visión de futuro. Se aguarda una solución del mercado, porque la economía siempre tiene una mano invisible que, accionada por quienes tienen, más tarde distribuirá prudentemente a quienes no tienen y esperan.

Nuestro continente, tan joven, ha pasado a ser un continente de mentalidad y modelos viejos. El continente de la esperanza, carece de un objetivo político y en él ya no se planifica. La crisis energética constituye una tremenda acusación a la economía de mercado y a la falta de planificación. Planificar no es sólo manifestar confianza en el futuro con una visión política para que dentro de ciertos márgenes realis-

tas las sociedades puedan realizar determinados objetivos colectivos, sino también vencer las deformaciones de la domesticidad en que hemos caído y la forma simple y automática de dependencia externa que está muy bien representada por el concepto del mercado como el gran regulador del bien y del mal, de la libertad y del derecho. La libertad de mercado entre desiguales genera necesariamente el abuso y la dependencia. Creo que debe repensarse la planificación como una forma de movilizar las enormes energías escondidas en nuestra geografía, en nuestra biología, en nuestra ecología, en nuestra cultura, utilizando como palanca la voluntad de la sociedad de ser más autónoma y de poder distinguir qué es lo propio y qué es lo ajeno. La planificación adquiriría así una nueva dimensión y juzgo que un aporte fundamental consistiría en incorporar la dimensión del medio ambiente dentro del núcleo mismo de la planificación.

El otro elemento son las llamadas políticas económicas. Toda vez que se habla de las políticas, se alude a las que tienden a corregir el desequilibrio del balance de pagos o de las políticas para incrementar la inversión o atacar la inflación. Todas ellas son importantes, sin duda, pero todas son adjetivas. Por lo general, se usan en cualquier contexto; son tomadas como instrumentos independientes, carentes de ideas que las integren en finalidades globales.

Con perdón de los economistas, a quienes respeto, y de la ciencia económica, que admiro, creo que muchos de ellos actúan como cirujanos, llamados para operar cualquier cliente y en cualquiera condición. Ha sido corriente que se enamoraran del arte y lo vaciaran de su contenido social y ético. Cuando trabajan en el sentido de "mejorar la situación económica" están trabajando en realidad en una determinada dirección social y política que alguien siempre está predestinando, porque no hay neutralidad en economía, ya que no es ésta una ciencia exacta, sino una ciencia social. Todas las tecnologías, como las políticas económicas, son comprometidas, sirven a ciertos intereses, responden a un ideario y producen determinados efectos. Pero esos efectos escapan muy corrientemente a los economistas, quienes hasta lle-

gan a decir que no son de su incumbencia. Trabajan con un hombre teórico, sin cara y sin alma. Y es éste uno de los grandes desequilibrios entre la concepción teórica y la operación política del desarrollo. Si se tiene en cuenta realmente un concepto equilibrado de la relación entre el hombre y su medio ambiente, se deberá tomar en cuenta la defensa del medio y para ello no basta la defensa de la ecología en el sentido clásico. No sólo se trata de evitar que la tierra siga erosionándose, que los bosques se sigan talando, sino que se trata de algo muchísimo más importante y es que el hombre vuelva a estar en equilibrio; porque el hombre viene de la naturaleza y va a la naturaleza, es una parte de la energía vital de la tierra y su ruptura con la tierra lo daña psicológicamente, así como daña la estructura de la sociedad y la llega a corromper, como lo estamos viendo en tantos países donde los equilibrios físicos o sociales están trastornados. Repensar el objetivo de la planificación y el diseño de las políticas económicas incorporándoles una nueva dimensión humana y ecológica, tiene una importancia fundamental si queremos hacer intentos realmente serios en América Latina para enderezar con eficacia social el proceso del desarrollo. ¿Qué objetivo más real que volver el hombre a la tierra? No volver a la época pastoril, sino volver al diálogo racional entre lo que es el hombre y aquello que lo rodea, y entonces, sí formarse una concepción mucho más clara de lo que importa, buscar la mayor capacidad de desarrollo para el hombre y la mujer, y el mayor ingreso posible en función de la capacidad que la nación tenga.

Falta tal vez un estudio sobre el entorno del ser humano, la sustancia cultural de las sociedades, algo así como el resumen esencial, el alma del proceso, la razón de ser de las sociedades, porque es esa sustancia la que hace la historia, construye el presente y forja la ilusión del futuro. Las dimensiones económica, social y política, reclaman la dimensión cultural como el alma que crece hasta que adquiere su forma. Y cuando nos referimos a la relación entre el hombre y su entorno, normalmente tratamos las características externas de las sociedades, pero no los valores culturales.

Comentario de Jorge Wilhelm*

“Povo gosta de luxo. Quem gosta da pobreza são os intelectuais”

Joaozinho Trinta, dirigente de la escuela de samba Beijaflor.

“¡Es sorprendente!” —exclamó Aníbal Pinto, prestigioso economista de la CEPAL—, “realmente sorprendente que durante décadas nosotros, los economistas, hayamos logrado elaborar tantas teorías y tesis sobre el desarrollo de América Latina sin tomar en cuenta la variable física: los recursos naturales y la concentración urbana.”

Sin embargo, el sesgo sectorial no fue una exclusividad de los economistas de la CEPAL. En todo el mundo los economistas, planificadores y políticos presas del vértigo hacia un consumismo creciente y sin fin, manipulaban estadísticas y elaboraban tesis cuyas conclusiones ‘calzaban’ con perfección cartesiana, describiendo soluciones optimistas que eludían prudentemente la realidad. Esta sólo era intuitiva por el movimiento *hippy*, por artistas y poetas y por voces aisladas del *establishment* profesional.

De todos modos, el papel fundamental del intelectual no es componer estructuras mentales perfectas; su función primordial es formular interrogantes pertinentes: preguntar el ‘por qué’, el ‘para dónde’ y el ‘para quién’ de las cosas. Durante la década pasada la realidad de hechos dramáticos (las intoxicaciones de Leveso, las manchas de petróleo del Atlántico Norte, la desertificación, el *smog* londinense, etc.) terminó por motivar a los intelectuales, diversos profesionales y políticos a tomar en cuenta dicha ‘variable física’ del desarrollo y del crecimiento económico en general, pues el estilo de crecimiento parecía decididamente malsano, además de acentuar las desigualdades. Con todo, fue la llamada ‘crisis del petróleo’ (octubre de 1973) la que dramatizó ese cuestionamiento.

Si bien esta nueva preocupación se planteó en un comienzo en Europa, esto no obedece a

una concentración en ella de los efectos de agresiones a la naturaleza; a fin de cuentas se trata de un continente pequeño donde el suelo bien cuidado se mantiene fértil desde la era neolítica, las viñas seculares son tratadas con cariño, se transita hasta hoy por la vía Apia y se consigue adaptar los palacetes renacentistas para usos modernos. Tal vez, la preocupación surgió en Europa, porque los profesionales y las personas de ese continente tienen, más que en las Américas, una vieja y arraigada tendencia, reflejada en su sistema educativo, a una actividad angustiante, pero necesaria y exclusiva del ser humano: la de pensar.

Las sabias advertencias que comenzaron a surgir en artículos, congresos y seminarios tenían a veces un sabor ingenuo de ‘cómo sobrevivir en la selva’, valorizando el ingenio popular. Empero, es innegable que al cuestionar el estilo de crecimiento y el mal uso de los recursos naturales se formulaban las preguntas que eran pertinentes para la planificación. La CEPAL y los profesionales latinoamericanos quedaron sensibilizados por este cuestionamiento, insertándolo, sin embargo, dentro del cuadro de referencia del subdesarrollo y del tipo de crecimiento que caracterizan al continente.

Así, en oportunidad reciente, las contundentes palabras de Iglesias, Sunkel y Pinto nos hacían pensar: parecía increíble que hubiéramos podido olvidar el tema ‘recursos naturales no renovables’ o el tema ‘medio ambiente’ cuando escribíamos sobre el crecimiento económico en América Latina. Fue necesario el *boicot* al abastecimiento de petróleo en octubre de 1973 y el aumento brusco y constante de su precio y de la deuda externa para recordarnos realidades que estaban desde por lo menos dos décadas atrás, junto a nosotros: 1) la creciente internacionalización y la interdependencia económica del mundo; 2) el comienzo de la escasez de ciertos recursos naturales frente al aumento de la población y la producción mundiales, lo que obligaba a la renovación de la tecnología; 3) la fuerte metropolización de la población mundial y la inexistencia de tecnologías urbanas realmente modernas para hacer frente

*Presidente del Instituto de la Ciudad, San Pablo, Brasil.

a ese fenómeno; 4) la evidencia creciente de la pobreza y hambre reinantes; y 5) la globalización gradual de la información y la homogeneización de culturas, demandas y expectativas.

La bibliografía del decenio de 1970 que avala esos hechos y procura retomar en forma más objetiva el discurso de las alternativas de desarrollo, es amplia y rica en autores y tesis brillantes y profundas. Asimismo, algunas reuniones internacionales —desde las preparatorias para el Congreso de Estocolmo (1972)¹ hasta el encuentro reciente en Tepoztlán, pasando por el seminario de la CEPAL sobre “Estilos de desarrollo y medio ambiente en América Latina— permitieron la elaboración, debate y publicación de una importante renovación de tesis sobre el desarrollo de los países del tercer mundo y sobre el desarrollo ‘deficiente’ de los demás mundos.

Sin pretender presentar grandes síntesis, comenzaré aceptando la conveniencia, e incluso la necesidad, de cambiar el ‘*estilo de vida*’ y, en consecuencia, el estilo de desarrollo para alcanzar los siguientes objetivos: 1) generar modos de producir tipos de productos más adecuados a los recursos naturales, renovables y no renovables; 2) modificar el empleo del tiempo, las relaciones de trabajo y las formas de gestión; 3) reexaminar y crear valores humanos más próximos a los sentimientos de solidaridad entre las personas y de convivencia menos destructiva con la naturaleza. No obstante, dentro de este tema sólo pretendo en este artículo detenerme sobre el ‘*modus faciendi*’ de ese eventual y anhelado cambio de rumbo. ¿Cómo producir cambios del estilo de vida compatibles con los objetivos mencionados y aceptables para los ciudadanos?

Tanto el diagnóstico de la civilización actual como la ya mencionada generosidad de intenciones, constituyen indicios optimistas de que —como decía Hegel— la humanidad sólo se plantea aquellos problemas que es capaz de resolver. Empero, pese a que el diagnóstico y las intenciones constituyen factores necesarios para la solución, debe admitirse también que ellos no son suficientes. Para alcanzar la sufi-

ciencia tenemos que conocer con mayor precisión ‘la razón de ser’ de la acción de los grandes agentes de transformación; en otras palabras: investigar 1) los caminos posibles y probables que recorrería el sistema capitalista dentro de la racionalidad representada por las empresas transnacionales; 2) los caminos posibles y probables que seguirán las economías estatizadas dentro de la racionalidad de su pragmatismo político, caracterizado por la denominación burocrática predominante. Por último, será necesario 3) comprender en profundidad los móviles culturales de poderosos agentes de transformación, tales como los movimientos religioso-nacionalistas (tal el islamismo); y 4) evaluar la probabilidad de movimientos preconcebidos y racistas, movilizaciones destructivas de importancia (diversas estrategias terroristas, así como represiones policiales y reactivación de la tortura).²

Esta profundización del conocimiento y la comprensión permitirá elaborar ora un objetivo ora una estrategia para modificar los estilos de vida. El objetivo podrá configurarse en forma utópica sirviendo como meta hacia la que apuntará el vector que contiene tácticas y programas de acción; los objetivos utópicos son de hecho convenientes para motivar a la gente y ordenar actividades a lo largo de una directriz; estos vectores de acción son también convenientes para ensamblar actividades dándoles coherencia e impregnándolas de contenidos comunes.

Así, las estrategias constituyen conjuntos de acciones y programas dispuestos sobre el vector que apunta hacia el objetivo utópico inalcanzable, para lograr al cabo de un período determinado resultados comparables, metas parciales alcanzables y niveles pequeños y significativos de progreso.

Antes que el señor Karl Popper se sienta molesto, me apresuro a manifestar que no entiendo el objetivo utópico como una representación determinista del futuro, sino como un instrumento movilizador y clasificador que

¹Especialmente las Reuniones de Túnez y Cocoyoc y los valiosos textos de la FIFAD-Fundación Internacional para Alternativas de Desarrollo.

²Me parece que la interacción entre factores socioeconómicos y factores culturales constituye un instrumento de análisis mejor que la relación esquemática de superestructuras que dependen de infraestructuras. Por otra parte, ¿cómo negar que la irracionalidad desempeña también un papel en la historia?

permite establecer estrategias y dar orden y coherencia a actividades pertinentes para el cambio, es decir, para el desarrollo.

Con todo, antes de establecer las difíciles estrategias para cambiar el estilo de vida conviene investigar si las poblaciones de nuestros países latinoamericanos esperan o desean realmente cambiar ese estilo. No basta comprobar que las cosas andan mal, que el estilo consumista agota los recursos y que la competencia implícita en el sistema genera violencias de todo tipo. Es cierto que el pueblo desea cambios, porque las cosas no marchan; pero ¿cambios de qué naturaleza, en qué dirección y para alcanzar cuáles objetivos? Dudo que la respuesta a una eventual investigación de la opinión pública tuviera como resultado la exigencia de cambios radicales del actual modo y vector de crecimiento. La opinión pública puede ser colérica, pero es generalmente conservadora: se teme a los cambios radicales, hay miedo natural a lo desconocido.

Por tanto, si bien, por una parte, las expectativas populares definen un conjunto de expectativas y corrigen, por ende, la visión técnica y la enriquecen con aportes, por otra, ofrecen generalmente una visión conservadora del mundo; tal hecho señala las dificultades que deben superarse si pretendemos implantar una estrategia de cambios: se generarán resistencias en el propio seno de los beneficiarios de dichos cambios.

Es preciso entender el motivo fundamental de la expectativa de modernidad que puebla los sueños de los brasileños (y de los demás países subdesarrollados) haciendo que tal vez resistan los cambios de estilo. En un estudio reciente sobre los palafitos de los sectores pobres de San Luis (Maranhão, Brasil) observé que las familias colgaban de las paredes de adobe, barro y madera a guisa de decoración: el Sagrado Corazón de Jesús con su calendario; la Virgen y el Niño con su calendario; Pelé u otro jugador de fútbol; Sandra Bréa (actriz de cine y televisión), generalmente vestida; y un Volkswagen, cuyo *poster* vi en más de una casa. Iconos de la vida moderna: la religión, la magia de los héroes, el mensaje televisivo y el producto—símbolo de la modernidad, el automóvil—; he aquí parte de la semiótica de lo cotidiano digna de un estudio de antropología de la vida

cotidiana. ¿Cuál es el *origen histórico* de esas expectativas, de ese deseo de poseer productos modernos y convalidar el actual estilo consumista? A fines del siglo pasado la presión de las empresas inglesas en el Brasil impidió que voces aisladas (como la del Barón de Mauá) llevaran a la nación a escoger otro modelo de crecimiento económico, a semejanza de lo que ocurrió en el Japón. Tal vez en ese país el idioma, su cultura insular, brindaran un aislamiento suficiente para seguir por algún tiempo una senda propia; su burguesía elaboró un proyecto y tenía claros los objetivos de los beneficios que derivarían de la reforma Meiji y del proceso de industrialización. En el Brasil, recién salido del régimen esclavócrata (abolido sólo en 1888 y cuyo tráfico negrero cesó en 1850), la riqueza y el poder se concentraban en una parte muy pequeña de la población: una élite de vida rústica en sus haciendas y de gastos desmedidos en París. Esta élite no tenía proyectos clasistas muy claros por lo que en la segunda mitad del siglo XIX coexistían latifundistas abolicionistas, industriales esclavócratas, ateos que defendían la enseñanza religiosa y demócratas monárquicos sin que nadie entendiera muy bien su posición. Deodoro, que proclamó oficialmente la República (1890), se presentó al entonces Ministro de Guerra para deponerlo ... “en nombre del Emperador”.

Por otra parte, a esa debilidad de objetivos nacionales o clasistas de la clase media y de los propietarios de tierras (exportadores y banqueros), se sumaba la debilidad clasista de los trabajadores, donde el inmigrante italiano, forzosamente individualista en su ansia por rehacer la vida y superar su doble lealtad, se hallaba junto al ex esclavo que durante décadas identificaría el trabajo como una forma de esclavitud.

Este cuadro, obviamente simplista, revela tanto la pujanza y la existencia de alternativas como la fragilidad conceptual sobre la que actuaban, muy a voluntad, los intereses de los exportadores y empresarios ingleses. El siglo de la independencia en América Latina fue también el siglo en que se hicieron más transparentes las relaciones de dependencia económica.

Ahora bien, en tal situación era forzosamente escaso el grado de autonomía para escoger qué caminos recorrer. Y por tal motivo, en

vez del crecimiento integrado e industrial, orientado a ampliar el mercado interno a través de la participación más democrática en la distribución de riquezas, el Brasil enfiló hacia el *crecimiento por modernización*.

¿Qué caracteriza este modo de crecimiento? La adopción de un modelo comparativo—un país industrializado— cuyo *estilo de vida* se desea *copiar*. Una vez medida la magnitud de la distancia que separa a ambos países se pasa a la tentativa de reducirla. Es el mito de Sísifo, pues el país industrializado prosigue su trayectoria, perfecciona sus equipos, reinvierte y también crece.

En el ansia de poseer los equipos y servicios que definen el estilo de vida modelo el Brasil se encaminó hacia una modernización que constituye, en cierta medida, una traslación positiva para toda la sociedad; pero dentro de ese movimiento de traslación algunas partes de la sociedad avanzaron más, concentrando cada vez más el ingreso nacional, pese a los esfuerzos redistributivos ocasionales y débiles de uno u otro gobierno.

El crecimiento por modernización necesitó concentrar el ingreso; no había cómo 'dispersar' el escaso ahorro nacional si pretendíamos, primero, importar productos de consumo ya conocidos por las élites que dominaban las decisiones políticas; segundo, si pasábamos a sustituir esas importaciones por la producción local de esos mismos productos (industrialización por sustitución) importando máquinas elaboradoras; y tercero, si el desarrollo industrial permanecía como eterno dependiente de la tecnología que se va desarrollando en los países industrializados, absorbiendo ahorros para pagar la importación de incesantes innovaciones.

La élite brasileña pasó a integrar lo que Sunkel definió como 'el archipiélago de las islas de la modernidad'; por ello, si bien ochenta años de modernización tuvieron como resultado un millón de automóviles producidos al año, este crecimiento se pagó con una enorme e intolerable *deuda social*, representada, entre otros indicadores desagradables, por 20 millones de analfabetos y una mortalidad infantil que llegó a 101 por mil (1976). El precio es elevado e inadmisiblemente. El apego al privilegio y la esperanza en una solución mágica de los problemas de la deuda creciente, la inflación

de precios y la dependencia tecnológica creciente, serán superados por la violencia de la desesperación si no se modifica el camino de la modernización escogiéndose el camino del *desarrollo* (lo que supone aumento de empleos, mejoría de la calidad de vida y, especialmente, mayor equidad social).

Pero este cambio de estilo también tendrá su precio. Modificar el conjunto de productos producidos, de bienes de consumo en bienes salario, significará contrariar las expectativas generalizadas que esperan ilusoriamente una redistribución del ingreso y una equidad que dé sencillamente 'todo a todos'. Una distribución escasa y espartana de bienes de consumo, aunque sea equitativa y elimine la pobreza, será sentida por muchas personas como una frustración intolerable, un retroceso.

Por ello, un cambio del crecimiento por modernización hacia el crecimiento con desarrollo no podrá entrañar, por ahora, alteraciones cualitativas muy bruscas del estilo de vida. Es difícil imaginar desarrollos 'chinos' en el Brasil, país sin 'murallas' físicas o culturales, influido intensamente por lo que 'sucede allá afuera'.

Por tanto, para encarar y preparar el cambio de estilo es preciso considerar la importancia de las *expectativas* y de los *hábitos* en la generación de demandas. Ya en el modo de crecimiento por modernización la demanda fue precedida por la formación de hábitos culturales adecuados a la importación de productos. Estos eran hábitos de la pequeña clase dominante; pero, sabemos que ello bastó para la toma de decisiones sustantivas.

Hoy los patrones de consumo se generan en forma más compleja y más eficiente: los medios de comunicación de masas se encargan de crear una demanda global, una especie de necesidad psicológica de poseer objetos.

La tiranía de la cosa ofrecida es una tiranía dulce: envolvente, sensual, con música de fondo y generalmente en colores. Hay una ilusión de amor en cada compromiso de compra.

Y debemos tener presente que la eficiencia de los medios de comunicación se ampliará muchísimo durante el decenio de 1980, gracias a los progresos técnicos que tienen como resultado la transferencia y fusión entre los medios de retransmisión (televisión, teléfono y radio) y

los medios de procesamiento (computadores), y en la transferencia geográfica de la información mediante satélites. Creo que la importancia de la telemática³ a partir de esta década aún no ha sido captada debidamente por los planificadores o políticos. Me permito citar algunos datos sólo para destacar su importancia para el tema que nos ocupa: en los últimos 15 años la capacidad de transmisión de los satélites Intelsat creció de 240 a 12 000 circuitos, mientras que su costo, por año de vida útil, cayó de 30 000 dólares a 700 dólares. La corriente transnacional de informaciones puede acarrear la concentración de bancos de datos en unos pocos países aumentando en forma increíble la dependencia y poniendo en jaque las soberanías. Los microprocesadores disminuirán los precios y las dimensiones de los equipos, permitiendo de ese modo el ingreso de la computadora a la vida cotidiana y el ofrecimiento de un gran número de servicios útiles (teléfono que informa sobre el tiempo) e inútiles (teléfono que cuenta anécdotas).

La revista *Dados e idéias* en su número de mayo de 1980 describe los perfiles de las redes internacionales de información que ya están en funcionamiento, originadas por la rápida integración entre los computadores y las telecomunicaciones. Existen los siguientes tipos de redes:

1. de uso propio (ejemplos: CIA, IBM, HP);

2. de compañías de servicios de procesamiento de datos (ej.: G.E., *Control Data*, *Computer Sciences Corp*);

3. con fines específicos (ej.: SITA—*Société Internationale de Télécommunications Aéronautiques*; SWIFT—*Society for Worldwide Interbank Financial Telecommunications*);

4. públicas (ej.: Telenet, de la G.T.A.), destinadas a complementar y compatibilizar servicios de compañías telefónicas locales;

5. mixtas (Tymshare Inc. que funciona en 26 países e intercomunica 200 computadoras);

La importancia que para el tema del presente trabajo reviste la formación de esos bancos de datos y redes telemáticas estriba en el

hecho de que las empresas transnacionales poseerán en breve mecanismos mucho más eficientes para la generación de demandas globales, aumentando así su capacidad de comercialización, la que es tan importante como sus capacidades financiera y tecnológica.

Estimo que si los países de América Latina dejaran de regular y controlar los canales de transmisión y las operaciones telemáticas, se tornaría muy improbable cualquier cambio significativo de los estilos de vida y de desarrollo, pues las demandas seguirían generándose conforme a los intereses transnacionales que desearían preservar el modelo modernizador.⁴ Es preciso no ilusionarse con el neoliberalismo ventilado en ciertos sectores políticos. Según U. Kekkonen, presidente de Finlandia, en un discurso pronunciado en un congreso de comunicaciones (mayo de 1973): "...una libertad de comunicaciones con un sentido liberal no es un concepto neutro en la realidad cotidiana, sino un modo mediante el cual una empresa con muchos recursos a su disposición tiene mayores posibilidades que un competidor más débil de que se acepte su hegemonía".

Pese al recelo que podamos tener de la dominación burocrática gubernamental en la telemática, la verdad es que en el Tercer Mundo sólo los gobiernos pueden constituirse en interlocutores a la altura del poderío de una transnacional. Por una parte, debemos permitirles y alentarles a que ejerzan ese papel y, por otra, debemos aumentar y perfeccionar el control de la sociedad civil sobre los gobiernos.

Sean los hechos mencionados o sea el propio origen histórico de la modernización vigente, todo apunta a la posibilidad de generar decisiones y opciones económicas sustantivas a partir del condicionamiento cultural de demandas y expectativas.

Así, para implantar estrategias de cambio debe considerarse no sólo el potencial técnico de los medios de comunicación (canales de transmisión y montaje de bancos de datos pertinentes), sino también su potencial humano

³Neologismo para denominar la fusión de las telecomunicaciones con la informática.

⁴En este sentido el Brasil presenta experiencias positivas, como son la CAPRE—*Coordenação das Atividades de Processamento Eletrônico* y la reciente creación de la SEI—*Secretaria Especial de Informática*.

(calidad y contenido de la producción artística e intelectual).

Por ello, en un debate reciente llamé la atención, nuevamente a título ilustrativo, sobre la eficacia de las telenovelas en el Brasil dentro del análisis del *'modus faciendi'* de las estrategias alternativas de desarrollo. El talento actual de escritores, directores y actores ha transformado ese producto de entretenimiento de masas en un producto cultural de calidad apreciable. Su audiencia es elevadísima; por ejemplo, cerca de 36 millones de brasileños llevan ya 5 meses viendo todos los días durante una hora la telenovela "Agua Viva",⁵ y pese a la estructura folletinesca de las telenovelas (cuyos conflictos terminan siempre con soluciones idealizadas y que confirman un conjunto de valores redundantes), los temas de actualidad 'rondan' por la mente de los telespectadores y se constituyen en los temas de conversaciones informales al día siguiente. Según los autores de telenovelas en la definición de lo que son esos 'temas de actualidad' reside un primer argumento importante en favor de la utilización de la telenovela como instrumento de la estrategia de cambio de los estilos de vida. El otro argumento es la identificación de los espectadores con personajes y con actores; si esa identificación se utiliza para la venta de productos ¿por qué no ponerla al servicio de un discurso inteligente, de un objetivo social profundo? El cine norteamericano convirtió al indio en un perso-

naje malvado, un antihéroe o 'bandido'; con igual eficacia podría haberlo transformado en héroe, en 'jovencito'. El medio de comunicación se presta para cualquier contenido, y la decisión es, dadas condicionantes políticas obvias, personal.

Así, después de plantearnos el objetivo utópico que perseguiremos, para modificar efectivamente el estilo de desarrollo tendremos que considerar los medios que permitan superar la resistencia a abandonar las ilusiones de modernización a través del consumo conspicuo. Y para ello deberemos aprender a actuar en el campo de la cultura, de los hábitos y de los medios de comunicación. Tornar lúcida y convincente *la conveniencia de cambiar* el estilo de desarrollo, he aquí uno de los desafíos más difíciles que se plantean a los intelectuales y planificadores que deseen sinceramente concebir a introducir alternativas significativas en América Latina.

Temo que si no tomamos en cuenta la potencialidad de la cultura y de los medios de comunicación para movilizar la opinión pública, dentro de 10 años estaremos oyendo nuevamente al economista Aníbal Pinto exclamar: ¡es espantoso! Durante tantos años estuvimos elaborando propuestas para el desarrollo de América Latina y nos olvidamos de proponer formas, medios, estrategias y tácticas para comunicar esas ideas a los usuarios de las propuestas, planteando las mejores formas de movilizar a los ciudadanos en favor de las alternativas que exigen cambiar los estilos de vida. Quisimos hacer una revolución *para* los demás, en lugar de una revolución *con* los demás...

⁵ Escrita por Gilberto Braga, dirigida por R. Talma y P. Ubiratan, producida y transmitida por la TV Globo, el principal de los 108 canales existentes en el Brasil.